

Aproximación a los últimos veinte años de la narrativa chilena

Ramiro Rivas

Tratar de sintetizar en tan breves páginas un panorama más o menos coherente de la narrativa chilena de los últimos veinte años, presupone un análisis -mínimo- de nuestra historia literaria. "La literatura no es otra cosa que tradición y cambio: cada nueva novela supone tanto la continuidad de la tradición que la precede como su modificación. Del mismo modo, cada lectura supone un diálogo con todas las anteriores" (Román Soto). Esta aseveración, tan cierta del ensayista chileno, nos induce a reflexionar sobre nuestra narrativa del pasado. En efecto, Alberto Blest Gana, con su paradigmática novela "Martín Rivas" (1861), inicia la verdadera novela chilena. Basta comprobar la vigencia de esta obra por más de un siglo. A continuación, la lenta y persistente elaboración novelística mantiene una cierta continuidad. Muchos escritores de mediados del siglo pasado y primeros treinta años del presente, crean sus obras basados en esta terminología: continuismo. Los espacios literarios no cambian. Los escritores de esa época, aristocrizantes o de clase media alta, producen personajes o héroes cuyo destino y finalidad es arribar al mundo de la tertulia decimonónica (Martín Rivas), reflejar un mundo uniforme y sin grandes transformaciones políticas o sociales. Los criollistas no transgreden estas normas. El ser nacional es visto más como un símbolo folclórico que como una

real búsqueda de la identidad nacional. El grupo de narradores imaginistas rompe con esta escuela estética, indagando con más propiedad en la exploración psicológica de sus personajes. No obstante, el empleo temático asumido, más europeizante y evasivista de la realidad, produce obras importantes pero no transgresoras con la tradición continuista. Escasos ejemplos de rupturismo los encontramos en las obras de Juan Emar o Vicente Huidobro. Los nombres y obras de Eduardo Barrios, Augusto D'Halmar y María Luisa Bombal escapan a esta lista uniforme de narradores tradicionalistas. Para producir un cambio es necesario subvertir los esquemas prefijados, tanto lingüísticos como formales y temáticos. La mayoría de esta larga seguidilla de narradores no se interesó, o no se propuso, o simplemente no fue lo suficiente visionaria para ejercitar estos cambios narrativos. Los primeros síntomas se perciben en "El Roto" (1920), de Joaquín Edwards Bello, que tipifica a este personaje marginal, pero sin desarrollar su caracterología. EL "roto" jamás será reconocible como el obrero o el proletario, que posteriormente pasaría a conformar el verdadero personaje o héroe de un segmento importante de la novelística chilena contemporánea.

Las primeras transformaciones se vislumbrarán con la aparición de Alberto Romero ("La viuda del conventillo", 1930) que incorporará en sus obras el conventillo urbano, el obrero pobre y desamparado, con una visión más humana y realista que el resto de los criollistas. Estos inicios, precursores de un realismo social, son asimilados por un grupo de escritores de clase media, ideológicamente comprometidos, surgidos alrededor de 1938, con la algazara del triunfo del Frente Popular en Chile y la Guerra Civil Española como oscuro telón de fondo.

En efecto, la publicación de "Angurrientos" (1940) produce un quiebre notable en la ya larga tradición continuista de la narrativa chilena. Los personajes de Godoy son seres reales, seres que se sienten vivir, gozar, copular y comer con desaforado "angurrientismo". Una sexualidad latente recorre sus páginas. Más que el estereotipo de una marginalidad, en esta novela se aprecia un acercamiento, una comunicación de gran fuerza expresiva. Si los personajes de Godoy adquieren corporeidad, los héroes de Nicomedes Guzmán cobran voz propia. El obrero, el proletario, deja de actuar como una decoración un tanto caricaturesca, casi ajena a nuestra identidad nacional. Los personajes de Guzmán son hombres con problemáticas sociales reales. El atropello, la miseria constante, hay que vencerla con la lucha

de clases, con conciencia revolucionaria. La literatura de Nicomedes Guzmán, como la de Juan Godoy, Luis Enrique Délano, Carlos Sepúlveda Leyton, etc., adquiere connotación contestataria, de abierta ruptura con la narrativa predecesora. Ni el naturalismo, ni el criollismo, ni el grupo imaginista más renovador, hurgó o experimentó con un narrador íntimo, con la profundidad y la solvencia de los autores de la generación del 38. La marginalidad cobra presencia activa, identificación con el comportamiento de los desposeídos, los miserables, comprensión, no lástima, de sus desdichas. Fue una literatura participativa y crítica de una realidad urbana. De ahí su denominación de realismo social como lo han catalogado algunos estudiosos de este movimiento.

Después de activarse estos cambios fundamentales en la visión globalizante de estos estratos sociales claramente diferenciables con la novelística antecesora, deriva una serie de obras que impulsa a la narrativa chilena a incorporarse a las grandes transformaciones ocurridas en la literatura latinoamericana contemporánea. Obras paradigmáticas como "Hijo de ladrón" (1951), de Manuel Rojas, pasando por "Eloy" (1967) y "Patitas de perro" (1965), de Carlos Droguett, hasta "El obscuro pájaro de la noche" (1970), de José Donoso, la literatura chilena adquirirá notoriedad internacional y alterará cardinalmente el universo narrativo posterior.

Ya en los años finales de los setenta, se produce una nueva mutación en la prosa chilena. El surgimiento de un grupo de narradores jóvenes, nacidos alrededor de los años 40, eclosionó simultáneamente -al igual que sus predecesores del "boom"- en varios países latinoamericanos. La generación "La Onda", de México, o la nueva narrativa venezolana, argentina y colombiana, por mencionar sólo cuatro grandes movimientos innovadores "post-boom", basta para hermanar a los "novísimos" o "generación del 70" con estas corrientes culturales vecinas.

Sus enfrentamientos con la literatura, su pararse en el mundo y observar la historia que se les viene encima, ese empujar la vida hacia adelante, sin pases laterales, tuvo convergencias insospechadas. La poética de lo cotidiano, el lenguaje popular, creativo y juvenil ("El entusiasmo" y "Desnudo en el tejado", de Skármeta); el cuestionamiento al orden establecido, la actitud irreverente de los adolescentes ("Concentración de bicicletas", de Carlos Olivárez); el soterrado ejercicio hedonístico al asumir el erotismo ("Excesos", Mauricio Wazquez); el compromiso político y social (Jerez, Meckled, Urbina, Miranda, Rivas); la incorporación de elementos

paródicos, la música popular o deportes espurios para generaciones anteriores (Délano, Skármeta); el análisis de las historietas (Dorfman), en fin, un cúmulo de recursos de extenuante enumeración, derivó en un tipo de escritura más suelta, en un lenguaje sin las mamposterías intelectuales de las generaciones anteriores, en una narrativa, digámoslo por fin, que abjuró del narrador omnisciente y desestimó definitivamente la linealidad de la santa anécdota.

Todo este gran movimiento innovador de la narrativa chilena se derrumbó el 11 de septiembre de 1973. La implantación violenta de un gobierno autocrático produjo el mayor apagón cultural que recuerde la historia nacional. La mayoría de los escritores de esta generación, exonerados y sin perspectivas de subsistencia ni seguridad personal, se acogió a la diáspora del exilio. Los que permanecemos en el país nos hundimos en el más completo olvido. Durante la primera década de la dictadura, sólo se publicaba a los pocos escritores proclives al régimen militar. La editorial Nascimento, de largo prestigio nacional, quebró. Los librerías cerraban continuamente por falta de poder comprador. Los sellos editoriales que sobrevivieron, carecían de textos por publicar, en parte por la censura previa a la publicación de cualquier impreso, en parte por la declinación de la lectura. Los Premios Nacionales de Literatura otorgados los primeros años de esa época, resultaron los peores de toda la historia de este galardón. Se terminó con los concursos Municipales de literatura Gabriela Mistral y Alerce. La crítica literaria seria se extinguió a nivel periodístico y académico, quedando reducida a un nombre que dictaminaba desde la altura de "El Mercurio" sólo a autores que no hedieran a izquierda o insinuaran conceptos ideológicos afines en sus obras. A falta de literatura chilena de calidad, se comentaba a escritores extranjeros que no rozaran temas políticos contrarios al modelo militar. Neruda desapareció de las librerías. Nombrarlo era subversión. El país durante la primera década vivió la mayor desolación cultural de su historia.

Las nuevas obras de nuestros compatriotas que publicaban en el extranjero, nos llegaban con grandes dificultades. Con el levantamiento de la censura institucionalizada, en 1984, comenzaron a aparecer, tímidamente, los primeros libros de autores nacionales. El retorno de los primeros exiliados, y las reediciones en Chile de sus libros publicados en el exterior, robustecieron el decaído mercado editorial. Simultáneamente a este movimiento, surgió un grupo de escritores

jóvenes, la generación del 80, que se formó y creció en medio de la represión y el acoso político. Muchos de ellos, adolescentes el año 73, se desarrollaron en un clima de violencia que se reflejó en sus obras. Desarraigados, solos, sin una generación predecesora a mano, se formaron intelectualmente de lecturas omnívoras y asistemáticas que incluían tanto la literatura de pre y post guerra norteamericana, la narrativa latinoamericana del "boom" y a chilenos que les resultaban más afines con sus propias concepciones teóricas de la literatura. Se conocieron y agruparon en el Colectivo de Escritores Jóvenes los años 1982-1985. No obstante la cruel realidad impuesta, la escritura de estos jóvenes no reniega de la ironía, el sarcasmo y la denuncia política. Fue una generación que maduró a golpes, bajo toque de queda, prematuramente. Una generación casi adolescente con experiencias maduras. Bien preparados intelectualmente, conforman un grupo generacional de gran valor en la narrativa chilena contemporánea.

Hablar a estas alturas de generaciones, casi no tiene objeto. En la actualidad cohabitan simultáneamente más de tres generaciones activas. Las publicaciones estos últimos diez años han sobrepasado con creces el largo silencio de la primera década. Ya no es el momento de enfrentar a escritores viejos, maduros o jóvenes. Sólo existen buenos o malos escritores. Este artículo no pretende efectuar un trabajo pormenorizado de todo lo escrito los últimos veinte años. Sería tarea para un ensayo, no un artículo de tan breves páginas. Pero así y todo, trataremos de sintetizar un panorama de lo que ha sido nuestra evolutiva creación literaria.

Como es sabido por todos, los escritores siempre han sido los desenmascaradores de la realidad, los develadores de las zonas ocultas de lo cotidiano. Siempre han enfrentado el orden establecido. Son los cuestionadores de todos los regímenes. Los iconoclastas perpetuos de la moral y la política. Los niños malos de la sociedad que hay que ocultar cada ciertos períodos conflictivos. El día que los escritores sean consecuentes con todo, dejará de existir la literatura. Como sustituto estará la televisión, los deportes masivos, los medios audiovisuales llamando al consumismo, los shows alienantes y antiestéticos. Elementos todos que el gobierno dictatorial apoyó sin medida. Los escritores pasaron a ocupar el traspatio de la casa, la mesa del pellejo. El último lugar que se debe aderezar para que la casa luzca ante las visitas.

El año 84 se rompe la censura previa para poder editar con cierta libertad

(condicionada) y es entonces cuando se manifiesta la eclosión de publicaciones que mencionaremos lo más sucintamente que podamos. Muchos autores no los podremos incluir en este trabajo, no por falta de méritos, sino de espacio.

Fernando Jerez publicó un libro de cuentos, "Así es la cosa", en 1984, y dos novelas: "Un día con su Excelencia" (1986) y "Temprano despunta el día" (1993). Este autor, a lo largo de toda su obra, se ha caracterizado por asumir una actitud crítica ante la injusticia. Su temática comprometida, abiertamente contingente, no le teme a lo que Mircea Eliade llamó "el terror de la historia". Por el contrario, se refugia en la historia para develar la realidad y así tener acceso a la libertad. Su constante preocupación y análisis de los problemas sociales y políticos por los que ha pasado el país, lo sitúa como uno de los narradores que mayor énfasis crítico ha demostrado frente al autoritarismo.

"El adolescente -dice Paz- no puede olvidarse de sí mismo, pues apenas lo consigue deja de serlo". Esta es una realidad que Carlos Olivárez asume al publicar después de largos 16 años su segundo libro de cuentos, "Combustión interna". Esta nueva escritura de Olivárez, nos sorprende con un texto maduro, en que el desenfado juvenil de su primer libro da paso a una madurez no menos crítica, quizás más irónica, lindante con el sarcasmo, en que el tratamiento psicológico de los personajes llevados a los extremos del desgaste existencial, conmueven, desarticulan el orden burgués. La existencia deja de ser un deslumbramiento constante, para dar paso a un desgarramiento interior que bucea frenético y casi vencido una salida.

Ariel Dorfman, uno de los más agudos y desconcertantes críticos de los años 70, tras su retorno al país, desempaca un bagaje de obras de creación que abarca casi todos los géneros literarios. En Chile, por mencionar sólo un par de libros, publica "Dorando la píldora" (1985) y "Viudas" (1987). Los cuentos del primer texto reflejan fielmente la brutal dictadura militar. "Viudas", a su vez, es una novela que el autor sitúa deliberadamente en Grecia, con el fin de poder llegar al público chileno. El tema de los desaparecidos, recreado en un clima pleno de sugerencias locales, con un lenguaje levemente lírico, por momentos con sonoridades de tragedia griega, va envolviendo el relato, desnudando perfectamente reconocibles y evocadoras imágenes de un pasado muy próximo.

Poli Délano, con un exilio tan prolífico como el de Ariel Dorfman, publicó

cerca de diez libros en el exterior. En Chile reeditó los más significativos, entre los que se cuentan "En este lugar sagrado" (1986); "Piano-bar de solitarios" (1985); "El hombre de la máscara de cuero" (1984) y "Como si no muriera nadie" (1987). No obstante poseer un gran oficio en el tratamiento del cuento, sus afanes los ha volcado en la novela. Gran creador de atmósferas, sus novelas, ambientadas en México o en nuestro país, jamás pecan de falta de verosimilitud. Posee un lenguaje directo, convincente, que envuelve al lector y lo transporta con agilidad a situaciones límites, que reorganizan la memoria fluctuante entre un futuro y un pasado recurrente.

Antonio Skármeta, que en su largo exilio en Alemania multiplicó su quehacer artístico tanto en el cine, la literatura y el teatro, lentamente ha ido comunicándose con el público chileno al reeditar sus novelas "No pasó nada" (1980); "Ardiente paciencia" (1982); "La insurrección" (1989) y su última nueva obra "Match Ball" (1989). Notable cuentista, para muchos críticos y lectores aún penan sus dos excelentes libros de cuentos, "El entusiasmo" y "Desnudo en el tejado". Dueño de un lenguaje muy personal, de un lirismo coloquial de gran altura, estos dos libros revolucionaron el ambiente de la época. Ahora, quizás asimilando la escritura europea, más funcional y crítica, más indagadora de la problemática del ser, deliberadamente se aleja de ese estilo poético, torrencial y alegre, pero sin abandonar su preocupación social, presente en toda su obra. Su nuevo lenguaje se supedita al desarrollo de la anécdota, su estructura formal se clarifica, las voces de los protagonistas cumplen la esencialidad del cine.

La insoslayable problemática del exilio es tratada con diferentes matices por tres narradores: Carlos Cerda, en "Morir en Berlín" (1993); José Leandro Urbina, en "Cobro revertido" (1992) y Jaime Valdivieso, en "Voces de alarma" (1992). El primero relata la vida en un "ghetto" chileno en Berlín, a pocos años de producirse la caída del muro. Mediante un tratamiento intenso a cada personaje, hábilmente desarrollados, crea una atmósfera opresiva y dramática. Leandro Urbina, en cambio, asume el exilio en Canadá. Su personaje protagónico es una especie de antihéroe, irónico, dipsómano y fracasado, que sueña con el retorno a su país al entierro de su madre, acción que jamás realiza. El discurso narrativo es elaboradamente ágil y eficaz. Jaime Valdivieso, en un sólido libro de cuentos, nos sitúa en un México que el autor aprecia y considera a través de cada anécdota. Sus

protagonistas, no siempre exiliados chilenos, no caen en la nostalgia plañidera que acosa a muchos autores poco diestros. Su actitud es más cerebral y controlada, más cuestionadora que blasfematoria. Un texto escrito con un excelente nivel de lenguaje. Tres libros que encierran tres visiones diferentes y válidas.

Jaime Hagel constituye otro aporte a la narrativa breve actual. Poseedor de un lenguaje desacralizador, brutalmente paródico y desenfadado en su escritura, entrega un par de libros de cuentos de notable perfección técnica: "A quemarropa" (1990) y "El amor de Noemí" (1993). Asimismo el último libro de relatos de Antonio Rojas Gómez, "El bebedor de cerveza" (1992), perfila a un cuentista de estilo muy diáfano y gran preocupación por la forma. A su vez no podemos dejar de mencionar el sorprendente libro de cuentos del dramaturgo Ramón Griffero, "Soy de la Plaza Italia" (1992). Un gran libro que casi pasó inadvertido por la crítica. Griffero es un narrador de enorme fuerza expresiva, un agudo recreador de atmósferas alienantes y obsesivas, que desestabiliza al lector desprevenido. Adolfo Couve, lentamente, se ha ganado un lugar importante en la prosa chilena de las últimas décadas. Sus obras, muy breves, acusan un acabado estilo artístico, difícilmente homologable con el de sus contemporáneos. La reconstrucción del pasado, el lenguaje de acendrada perfección, las atmósferas desencantadas que envuelven a sus personajes, crean un mundo muy personal y sugestivo.

La literatura femenina joven ha desarrollado una obra creativa que requeriría de un análisis en mayor profundidad. Sin embargo, por limitaciones de espacio, sólo podremos enumerar algunos libros y esbozar un par de juicios volanderos sobre una literatura que ha sabido indagar y expresarse a sí misma. Diamela Eltit es una de las escritoras más innovadoras y que ha logrado transgredir la continuidad de la narrativa chilena. En efecto, después de sus herméticas primeras novelas, "Lumpérica" (1983) y "Por la patria" (1986), que la crítica y el público no logró comprender en su real valor, más que nada por el intimismo metafórico poco claro, pensamos, o a consecuencia de un estilo intencionadamente elaborado y oscuro, con las publicaciones de "El cuarto mundo" (1988) y "Vaca sagrada" (1991), alcanza plena comunicación. La búsqueda de una identidad trastocada, la alucinación y el desvarío metafísico, los pozos ciegos de vidas obturadas, heridas y sangrantes, conforman un universo narrativo muy vanguardista en la prosa chilena joven.

Otra autora notable es Ana María del Río, que tras un primer libro de cuentos, "Entreparéntesis" (1985), de incipiente interés, emerge como novelista con obras como "Oxido de Carmen" (1986); "De golpe Amalia en el umbral" (1991); "Tiempo de ladra" (1991), y, por último, "Los siete días de la señora K" (1993), que supera todos los espacios de su obra anterior. El erotismo, la búsqueda del placer en el ser femenino, la liberación conyugal, la autocomplacencia, un cúmulo de sensaciones e interpretaciones magistralmente concretizadas en esta obra, sitúan a Ana María del Río como una de las narradoras más talentosas de su generación.

La literatura social, el compromiso asumido por algunas prosistas nuevas, cobra vital autonomía en voces claramente diferenciables. Sonia González, con "Tejer historias" (1986), demuestra un oficio poco común en un primer libro. Sus dramáticos relatos son un fiel testimonio de una época; "Miedos transitorios" (1986) y "A horcajadas" (1990), de Pía Barros, así como la novela de Mili Rodríguez, "Amanece que no es poco" (1993), retratan el mundo de acechanzas y persecuciones del pasado régimen, con gran potencia expresiva; Alejandra Basualto, "Territorio exclusivo" (1991), mediante textualidades sumamente constreñidas, devela con sutileza y fino intimismo, la sexualidad y el amor; Guadalupe Santa Cruz, "Cita capital" (1992), crea una obra muy compleja en la cual teoriza e indaga la identidad femenina en los espacios urbanos de Santiago, apoyándose en un estilo de gran perfección; Lilian Elphick, "La última canción de Maggie Alcázar" (1990), demuestra a una narradora joven con gran desenvoltura expresiva y elocuente ironía, muy bien administrada; Carolina Rivas, "Para amarte mejor" (1990); Virginia Vidal, "Cadáveres del incendio hermoso" (1990); Agata Giglo, "Mi pobre tercer deseo" (1990), así como las conocidas obras de Isabel Allende y Elena Castedo, además de innumerables nuevos libros que aparecen en el mercado día a día, conforman un grupo de escritoras de insospechado alcance.

Ya a mediados de los 80 la diversidad de corrientes y tendencias literarias se superponen. Los mayores publican activamente. La abundante y sólida obra de José Donoso se difunde por el mundo en ediciones transnacionales, constituyéndose en el novelista más destacado del país. Sus obras son traducidas a infinidad de idiomas y el reconocimiento de la crítica internacional lo lleva a obtener el Premio Nacional de Literatura tantos años postergado por el régimen militar. Jorge Edwards consolida su posición de gran narrador, publicando tanto en Chile como en

el extranjero. Guillermo Blanco da a luz novelas que certifican a un escritor notable. Enrique Lafourcade, de prolífica creación, con una novela premiada en España, "Mano bendita" (1993), revaloriza su talento ante la crítica nacional bastante dura frente a sus novelas menores.

El surgimiento de la generación de los 80 aumentó el caudal narrativo. Nuevos nombres y múltiples obras cubren el espacio editorial chileno. A pesar nuestro, debemos realizar una última y telegráfica enumeración de este grupo importante de escritores. Muchos de ellos merecerían un mayor espacio. Pero no es posible.

Lo que los define e identifica es una literatura en libertad, una ganada libertad iniciada con anterioridad al proceso de transición a la democracia. Todos, o casi todos, asumieron un compromiso político, una actitud ideológica consecuente con sus principios. Autoeditándose, publicando clandestinos textos que burlaban la aguda censura gubernamental, fueron dándose a conocer. El drama chileno de una sociedad escindida entre buenos y malos, comenzó a aflorar en cada uno de estos cuentos, de estos relatos impregnados de historia y vergüenza. Un testimonio valiente y necesario que ayudará a recordar, a recurrir a la memoria y recapacitar sobre una época negra. Desde un lenguaje social, hasta un postmodernismo que no desprecia el metalenguaje y la escritura cifrada. Todo es permitido. Una pluralidad estilística y formal que este último decenio ha logrado aglomerar a más de tres generaciones simultáneas.

Quizás resulte una visión excesivamente diacrítica, en la que no hemos dispuesto del espacio suficiente para realizar un análisis pormenorizado de cada uno de los autores que componen esta dinámica generacional, ni desarrollar el alcance, limitación o evolución que supone todo nuevo grupo. Pero no podemos dejar de mencionar algunas obras que han aportado al continuismo narrativo una cuota importante.

Basta mencionar "No queda tiempo" (1985), de Jorge Calvo; "Caperucita desnudando al lobo" (1983), de Edgardo Mardones; "El obsesivo mundo de Benjamín" (1982) y "Los años de la serpiente" (1991), de Antonio Ostornol; "Los elegidos" (1990), de José Paredes; "La pradera ortopédica" (1985), de Roberto Rivera; "Ya es hora" (1986) de Luis Alberto Tamayo; "Tenure-Track" (1992), de Silverio Muñoz; "Matar a la dama de las Camelias", de Jorge Marchant; "El

clasificador" (1993), de Juan Mihovilovich; "Todo el amor en sus ojos" (1990), de Diego Muñoz Valenzuela, que aúna con propiedad, humor, ironía y testimonio. También es digna de destacar "Oír su voz" (1992), de Arturo Fontaine, que asombró a la crítica. Ahora se espera que con esta novela totalizadora no haya quemado todas sus reservas. Ramón Díaz Eterovic, que ha cultivado el cuento y la novela negra con real acierto, se ha constituido en uno de los narradores más interesantes de su generación. "El infiltrado" (1989), de Jaime Collyer, aporta una escritura diferente a la de su grupo, más próxima a una literatura cosmopolita. A su vez no podemos dejar de mencionar a Marco Antonio de la Parra, hombre que se formó en el teatro y derivó a la narrativa. Gonzalo Contreras, con su novela "La ciudad anterior" (1991), confirmó con creces lo que se esperaba de él después de su promisorio libro de relatos. En esta obra demuestra un depurado oficio. Alberto Fuguet sorprendió y dividió a la crítica con su tomo de cuentos "Sobredosis" (1990). En su novela "Mala Onda", amplía y desarrolla con mayor libertad expresiva la jerga juvenil de los 90, reflejando con aguda autenticidad un segmento social adolescente aún no suficientemente explorado por las últimas generaciones. Una suerte de eco de la narrativa postmoderna norteamericana.

Toda esta exhaustiva enumeración no garantiza por sí sola una virtual renovación de la narrativa actual. Muchos de estos nombres quizás no logren sobrepasar una primera o una segunda obra. Algunos quedarán en el camino y con seguridad aparecerán otros que, a su vez, se esforzarán en producir una ruptura, un nuevo cambio, una transgresión que patentice la renovación o revalorización de la literatura que no termina nunca por agotarse. Una época literaria, obviemos el término generacional, que ha tratado de reinventar una escritura actualizada capaz de retratar el mundo convulsionado que les ha tocado vivir, sumergiéndose en esta historicidad impensada. Libros que ayudarán, por último, a que "la literatura pueda servir como ensayo para aprender a "desleer" un mundo o como ensayo verbal para ordenarlo" (Margo Glantz).